

PRIMER PREMIO  
CONCURSO «DEFENDEMOS LOS DERECHOS HUMANOS»  
AMNISTÍA INTERNACIONAL ALMERÍA

# La burbuja



**Pedro Leonel Belmonte Faranna**

Alumno de 5º curso en el CEIP Adela Díaz, Almería.

**Aula Viva** publica reflexiones, artículos y experiencias de comunicación y educación realizadas tanto en la enseñanza formal como no formal, escuela infantil, primaria, secundaria, educación de personas adultas o universidad, en un amplio espectro de posibilidades. Generalmente son propuestas realizadas por profesores en sus aulas o por organizaciones culturales y sociales.

**E**sta historia va a empezar de una manera sorprendente, con una burbuja, con una vulgar burbuja que con su color cristalino reflejaba las imágenes de la sociedad.

Había salido de forma lenta y pasiva de un cubo con jabón mezclado con sollozos. Una mujer obligada a realizar las tareas domésticas, sumergía en aquel líquido una esponja. Después, la utilizaría para limpiar el suelo de la gigante mansión una y otra vez condenada a repetir sus actos hasta su muerte entre la injusticia. Esta mansión pertenecía a un hombre rico y, desde luego vicioso, que no dejaba hueco en su alma para la bondad y la compasión. La burbuja observaba la escena, y como muchos de nosotros, en solitario, no podía hacer nada para arreglar la situación. Tan solo discernía una lágrima que se despedía del ojo de la mujer. El avaro propietario de la mansión bajó las escaleras y observó con desprecio la cara manchada de la mujer: «¡Límpiate, asquerosa!» le soltó. Luego escupió en su frente. Siguió an-

dando, y esperando su desayuno hecho, se sentó en la mesa. «¡Qué calor!» gritó. La mujer fue a socorrerlo. Le abrió la ventana y, debido a las fuertes corrientes de viento, la burbuja quedó expulsada de la mansión.

Cuando vagaba por la ciudad, prisionera del viento, observaba la actitud de unos menores, que miraban al suelo y permanecían bajo la sosegante mirada probatoria de sus padres. La burbuja pudo oír algún comentario desde esa altitud. «Un poco de urbanidad debería de haberle enseñado esa muchacha a sus hijos», decía una señora a otra. «Exactamente, la mujer se encarga de esas cosas, el marido lleva el dinero a casa, como nos enseñaron en la escuela», le comentaba su compañera. Las dos asentían y proseguían su camino.

La burbuja llegó a la periferia, donde observó niños, mujeres y hombres en el suelo, sin dinero y sin nada. La corriente, de nuevo, había llevado a la burbuja por otro camino en el que el estado de las viviendas no parecía mejorar: las aceras se iban vol-

viendo sucias o de tierra y los tejados de chapa, hasta que la burbuja llegó a un sitio en el que ni siquiera había baldosas en la calle, ni tejados de ningún material. Allí había menos gente, hasta que el número quedó reducido a cero.

El viento regresó. La burbuja, sin querer, dobló hacia la derecha en una calle, encontrándose tras un edificio. Hasta allí el viento no llegaba porque un obstáculo protegía a la burbuja. En la planta baja del edificio se veía un supermercado. Las puertas se abrían solas. Una mujer transportaba consigo tres bolsas en una mano, y con un valor mayor, tres hijos en la otra. Uno lloraba y arrastraba a la madre hacia el supermercado. Otro le acompañaba en su actuación llo-

rando al compás. Y mientras, otro hijo, adolescente, miraba poseído una grabación desde su teléfono móvil.

La burbuja continuó su camino evitando las corrientes de aire. Veía personas con un aparato en la oreja. Hablaban solos, todos con un aire de frustración.

La burbuja deseaba abandonar su viaje por la ciudad, pero el viento dominaba sobre ella. No había recorrido muchas calles, aunque ya lo había visto todo. «¿Por qué? ¿por qué?» se preguntaba, pero nadie le daba respuesta. El silencio envolvía la ciudad. Pero la burbuja escuchaba, entre las risas de los niños, un suave susurro de esperanza.

